

idea de aquella mujer le arrancaba de la realidad, arrastrándolo por fantásticos laberintos donde la imaginación daba plasticidad a sus sueños.

Un frío glacial invadió su cuerpo y le hizo reaccionar. Consultó maquinalmente el reloj y eran las 11. No podía explicarse como había pasado el tiempo. Se levantó de la butaca, dió unos largos paseos para reanimar sus entumecidos miembros y se encaminó a la alcoba, murmurando al tiempo que lanzaba un suspiro... ¡Ya está aquí!

Pasaron varios días. Desde el primer momento evitó un encuentro con aquella mujer que desbarataría sus firmes propósitos, pero la fatalidad se la puso un día frente a frente. Ernesto apenas pudo articular un saludo vulgar, la sangre se le agolpaba en la garganta hasta estrangularle las palabras. Fueron unos instantes horribles..... Pasada esta emoción brusca y gracias a la dulzura y cariño que Carmen ponía en sus frases, consiguió dominar sus nervios formulando algunas preguntas de pura cortesía con aparente indiferencia....

El maldito destino repitió aquella hazaña varias veces y consiguió torcer su voluntad de hierro dejando entrever aquella felicidad soñada. La alegría que la nueva esperanza infundió en su ánimo, fué arrollada. Olvidó sus anteriores sufrimientos y se creyó dichoso....

Llegó la hora de la separación, que para Ernesto fué cruel. Carmen reclamada por su familia tenía que abandonar la aldea. Esta marcha inesperada desconcertó a Ernesto pero era tal su confianza en ella que no exhaló ni una queja y desde entonces se consagró por entero a su recuerdo....

Un día le sobrecogió un temor extraño. Una inquietud nerviosa hizo presa en todo su ser. Su corazón saltaba con violencia sin saber a qué atribuir aquél fenómeno tan extraño. ¿A qué obedecía aquello? ¿No estaba seguro de ella? Pues entonces... ¿a qué obedecía esta zozobra injustificada?

De pronto le asaltó la imaginación el recuerdo de esas influencias telepáticas que llaman vulgarmente «corazonadas». ¿Sería aquello una corazonada? El miedo le sobrecogió. No era la primera vez que había sentido aquél fenómeno que jamás le había engañado. Instantáneamente cogió la pluma y se puso a trazar vertiginosamente unos reglones llenos de ansiedad; llamó a un criado y le entregó la

misiva para que la depositara en el correo....

Apenas habían transcurrido tres o cuatro horas después del crepúsculo, una luna clara, limpia, brillante, avanzaba por el horizonte. La calma secular de las poblaciones rurales presta cierto misterio a la aparición de la Diosa cuya preseneia influye tan directamente en los espíritus delicados que los aísla, los transforma, los inicia en los más reconditos secretos del corazón humano a semejanza del famoso brebaje que exaltara hasta la locura a la famosa Pitonisa de Delfr.

Rendida la imaginación y debilitada su energía por la tremenda excitación nerviosa, Ernesto se arrojó sobre la cama. La ventana, entreabierta, dejaba penetrar la brisa de la noche, que silenciosa, sepulcral, no recogía el más leve rumor.

Mientras Ernesto repetía incesantemente ¡Imposible! ¡No; no puede ser! ¡Esta desconfianza es indigna de ella! allá a lo lejos con el prodigioso eco que prestaba aquel ambiente cristalino, una voz joven, fina, mezclada con vibrante rasgueo baturro arrancando quizá un lamento al propio corazón, gimió:

En amores no te fies
de lágrimas de mujer,
que, como lluvias de Agosto
se evaporan al caer.

Aquella copla le indignó. Si hubiese podido hubiera gritado ¡Impostor! ¿Es posible que duendes de unas lágrimas que deben ser santas?

La ronda se acercaba; poco a poco los rumores de risas, pisadas, notas dadas al aire... se fueron haciendo más perceptibles.

De pronto llamaron a la puerta de la alcoba. Era la doncella que traía entre sus manos un telefonema. Ernesto se lo arrebató nerviosamente y cuando quedó solo, lo miró por fuera queriendo adivinar sin leerlo. Le aterraba la idea de que fuera de ella... Por fin lo abrió, leyó la firma, las primeras palabras y no pudo seguir... Echado sobre el lecho quedó rígido, inmóvil; sus labios entreabiertos, secos, no podían modular ni un quejido, los ojos hundidos en sus órbitas miraban fijamente algo que flotaba en el ambiente, fijo, espectral. Era una imagen, un símbolo que encerraba su existencia entera, era su Carmen. El llanto agolpado en el alma se negaba a salir. No funcionaban ni los músculos, ni los nervios. Presa de un extravismo horrible llegó a aterrorizarle la imagen aquella que seguía flotando en la atmósfera moviéndose, multiplicándose....

Como una sacudida eléctrica oyó otra vez la voz de la copla, que muy cerca, muy cerca musitó: